

David Rojas *

La larva

En mi casa era el día de desinfectar las compras, una operación maniática pero efectiva para calmar los nervios del contagio. No importaba si la leche se avinagraba o si la fruta sabía a detergente. Era nuestro placebo para inmunizarnos y seguir la cuarentena, así fuera con dolor de estómago y una sonrisa recalcitrante. Ese fue el día que encontré una larva en una guayaba. Tuve mucho miedo cuando la vi. Pero no porque la larva fuera a saltar y contagiarme el virus. En ese entonces el virus estaba en todos lados y más en cuerpos extraños del mundo de los bichos. Ese fue el día en que un señor salió vestido a la tienda y llegó descalzo porque las suelas de sus zapatos se derritieron con el ácido clorhídrico de un tapete desinfectante anti-corona. Esos tapetes que están ahí, posando como plántulas carnívoras atrapamoscas. Con la larva en mis manos, tuve miedo de mí mismo, de mis perversiones e impulsos más macabros. Recordé que cuando era niño jugaba en la tierra con las hormigas. Las encerraba y las desorientaba en un campo laberíntico que hacía con mis propias manos, como una cinta de moebius. Me quedé un rato mirándola fijamente, encontrando su pose, encontrándole un orden a su vida, o su pre-vida. Quise estar así, blanca y cremosa, quieta y hermosa en la carne dulce de esa guayaba tóxica. Quise estar en ese cuadro de expectativa. Sé que no me voy a despertar un día transformado en larva, como Gregorio Samsa. Si acaso se me caerá la piel de cucaracha radiactiva después de desinfectar con alcohol las cortinas que ocultan el mundo salvaje detrás de la ventana, un mundo en que ya no se cazan brujas sino enfermeras e infectados. Sé que no me comeré la materia viva de la larva como G.H. Si acaso me seguiré atragantando con cocteles molotov antisépticos para seguir agujereando mis intestinos. Confieso que solamente la toqué. Puse delicadamente la yema de mi dedo índice en su punta negra. Mi piel seca tocando la membrana brillante de la larva, aproximándome a su espesura, embarazándome de su inercia, satisfaciendo mi pulsión de permanecer así: inerte, abyecto, vulnerable, absorto en sí.

* 1998, Colombia. Durante la pandemia residió en Bogotá.